Tedeum 9 de julio de 2015

**Alfredo H Zecca**

 Nos congrega este 9 de julio de 2015 la memoria de aquel 9 de julio de 1816 que hizo de los argentinos un pueblo independiente, con un proyecto promisorio y entusiasta. Estamos exactamente a un año de celebrar el Bicentenario de esta gesta que llena de orgullo a los tucumanos.

 Saludo a las autoridades presentes: al Señor Gobernador; al Señor Vicegobernador; a la Señora Senadora Nacional; al Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia; al Señor Intendente de la ciudad de San Miguel de Tucumán, a los Señores Legisladores; a los funcionarios de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial que nos acompañan; a las autoridades Militares, Policiales y Eclesiásticas y al querido pueblo tucumano.

 La gesta del 9 de julio de 1816 debe ser ubicada en el contexto histórico en que aconteció para ser debidamente recordada y celebrada. Para comprender el mismo es indispensable conocer el largo y, por momentos, tortuoso camino que fue necesario recorrer. La pérdida del poder por parte del Rey Fernando VII; la invasión napoleónica a España; el traspaso del poder – siguiendo la tradición jurídica española – a las ciudades y los cabildos, comprendidos los americanos; la Revolución de mayo de 1810; la batalla de Tucumán, el 24 de septiembre de 1812 – realmente decisiva – que aunó el coraje de los tucumanos, la decisión del General Belgrano y, no en último lugar, la providencial intervención de Nuestra Señora de la Merced, Generala del Ejército argentino y Patrona de nuestra provincia; la Asamblea del año 1813; el Congreso congregado por Artigas en 1815 en Concepción del Uruguay, del que no hay actas, que se propuso pactar la paz con Buenos Aires y que, al fracasar el intento, fue disuelto pero que, a su modo, también contribuyó a su modo, a consolidar el proyecto independentista que anidaba en muchos pero que, al mismo tiempo, albergaba distintas alternativas políticas y jurídicas. Este camino condujo, finalmente, a la declaración de la Independencia, acontecida en suelo tucumano en la que, al final, un grupo representativo de diputados – entre los que se contaban 21 sacerdotes – tuvieron el valor de presentar a las Provincias Unidas del Río de La Plata como una nación libre y soberana que se mostraba ante el mundo, públicamente, como independiente no sólo del Rey y su metrópolis, sino de cualquier otra dominación extranjera.

 Qué bien nos hace, como argentinos, recordar esta gloriosa gesta, precisamente aquí, en esta Iglesia Catedral que nos alberga, iniciando, con ello mismo, el año del Bicentenario que culminará, Dios mediante, el próximo 9 de julio de 2016 que nos abrirá las puertas del tercer Bicentenario que, juntos, comenzaremos a construir.

 Demos gracias a Dios todopoderoso, “fuente de toda razón y justicia”, por habernos dado la Patria como don y tarea e iniciemos juntos, pueblo y gobierno, llenos de amor patriótico, con fe y esperanza, y unidos más que nunca, la serie de festejos que se coronarán el 9 de julio de 2016 con una celebración que deberá ser digna del magno acontecimiento que celebraremos.,

 Con el trasfondo de este marco histórico, quisiera compartir con ustedes, queridos conciudadanos, algunas reflexiones con verdadero deseo de diálogo, apertura sincera de corazón y propósito de contribuir al bien común.

 Los argentinos nacimos como un pueblo integrador, rico en valores humanos y cristianos que hizo posible que, con el tiempo, individuos y grupos provenientes de los más diversos continentes y países se fueran incorporando y sintiéndose acogidos en la casa común en que supimos convertir nuestra Nación. No importaba la raza, la lengua, el lugar de origen, la religión. Sólo se requería la actitud de fraternidad, de integración y el deseo de trabajar juntos dando lo mejor de cada uno para constituir la “nueva y gloriosa Nación” que, desde el inicio, tuvimos la decisión de construir. Este proceso continúa aún y ahora son, sobre todo, los hermanos latinoamericanos, ciudadanos de la Gran Patria Común que también como argentinos integramos, los que buscan en nuestra tierra mejores condiciones de vida.

 En ese proyecto se integró la Iglesia que, desde los orígenes, acompañó la suerte de este bendito pueblo, lo acompaña y lo acompañará siempre convencida de que Jesucristo es el “Señor de la historia”, de toda historia y, por ello mismo, también de la nuestra.

 Hemos dejado ya atrás los tiempos de cristiandad, una creación de la raza hispanoamericana que aún hoy nos admira por sus grandiosas realizaciones, pero que, como hecho cultural, necesariamente ligado al tiempo, puede ser celebrado y valorado, con sus luces y sus sombras – como toda obra humana – pero nunca repetido. La historia recoge del pasado líneas inspiradoras de vida, pero arraiga en el presente y mira necesariamente al futuro. Es su dinámica y, en la misma medida, su última verdad.

 La cultura, entendida como “estilo de vida común”, como núcleo axiológico fundamental expresado en instituciones en el sentido más amplio del término, ha cambiado: La sociedad ha cambiado. La Iglesia también ha cambiado. Hoy vivimos en una sociedad pluralista y democrática que debemos agradecer en la cual la Iglesia no ocupa el lugar de otrora. La laicidad ha ganado terreno y esto es un hecho positivo porque cumple el principio evangélico que ha servido de modelo a occidente “al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Con ello los cristianos y la misma Iglesia como institución hemos ganado en libertad. Tenemos una conciencia más viva de que somos peregrinos en camino al cielo lo que, ciertamente, no disminuye nuestro interés y nuestra responsabilidad por contribuir, con nuestro decisivo compromiso y acción, al bien común temporal o – para ser más explícito – a la política entendida en el sentido en que la concebía Aristóteles como el bien común de la “Polis”, es decir, de la ciudad. Una Iglesia encerrada en la sacristía, ocupada sólo de asuntos subjetivos, espirituales e individuales, y desentendida de la proyección de los principios evangélicos a la realidad social en medio de la cual debe prestar su servicio sería una Iglesia que no cumpliría con la misión que Jesús le encomendó. Pero ya no es la Iglesia, como en tiempos de cristiandad, la que marca de modo decisivo el rumbo de la cultura aunque no deja de ser una voz escuchada y respetada porque, al cabo, expresa la fe de la mayoría de los argentinos.

 De ahí la urgencia de la misión a la que nos convoca permanentemente el Santo Padre Francisco. La Iglesia debe sentir hoy más que nunca la urgencia de evangelizar, de ir al encuentro de todo hombre y mujer, de convertirse en la “casa de Dios en medio de las casas de los hombres” donde todo ser humano sea acogido y se sienta recibido como hermano, hijo de un mismo Padre. La misión que hace posible el anuncio del Evangelio de Jesucristo es el correlato del derecho de cada hombre a encontrarse con su Señor y Redentor. El plantar, como el pequeño grano de mostaza o la levadura en medio de la masa, la Palabra de Dios es, para la Iglesia, una tarea irrenunciable porque precisamente esa es su contribución a la sociedad en medio de la cual vive.

 Las cosas han cambiado notablemente y ya no son los valores emanados de la fe judeocristiana y del derecho natural los que rigen la sociedad. Así, la laicidad se ha convertido en laicismo – y laicismo militante -; la secularización – no sólo legítima sino deseable – en secularismo. En muchos sentidos la sociedad occidental, que nosotros, por origen y vocación, integramos actúa, de hecho, “como si Dios no existiera”. Dios y la religión – intrínsecamente pertenecientes a la condición humana – han desaparecido del horizonte de nuestra cultura no totalmente pero sí en gran medida con lo que, inevitablemente, vamos camino a una creciente deshumanización. La “verdad” ha dejado de ser una con el “ser” y con el “bien” para transformarse en algo ligado a lo que una cultura, un grupo de hombres o, simplemente, cada individuo, considera como tal. Con ello hemos caído en el subjetivismo, el relativismo, el hedonismo, el individualismo, que nos han hecho imposible conciliar pares que se reclaman mutuamente como “libertad y verdad”; “amor y verdad”; “vida y verdad”. Como afirmaba Nietzsche “Si Dios no existe, todo es lícito”. Por duro que pueda parecer es necesario afirmar que una sociedad sin Dios es una sociedad inhumana y el hombre se convierte, inevitablemente, en “lobo para el hombre”, como afirmaba Hobbes en su filosofía política al tiempo que la misma sociedad se transforma en una constante “guerra de todos contra todos”.

 Argentina – y el mundo, occidente en particular – han cambiado, pero, desgraciadamente, para peor. Los valores que sustentaron nuestra nacionalidad han sido dejados, en gran medida, de lado. Así vemos que se sancionan leyes de dudosa legitimidad jurídica, basadas en un positivismo inaceptable; se articulan políticas públicas que ignoran elementales derechos humanos; se ataca impunemente a la Iglesia y se vulneran sus derechos y, hasta en algunos medios de comunicación social, se la agrede injustamente, ridiculizando valores religiosos y a quienes los profesan. No se persigue abiertamente, pero se intimida, no se respeta el derecho de actuar conforme a la propia conciencia y, con ello mismo, se va creando un ambiente de temor en el que ya no es posible confesar abiertamente la fe y actuar en consecuencia. Esto en una sociedad que se dice democrática y pluralista. Me pregunto ¿de qué pluralismo y democracia se habla? ¿De la de un discurso único y excluyente que convierte automáticamente en enemigo al que con todo derecho discrepa?

 De repente, en un par de décadas, los cristianos nos topamos con esta realidad que nos golpea y nos duele, pero que, a la vez, despierta nuestra conciencia de que estamos en una época en que hay que vivir una “fe martirial”. Nos estamos habituando a soportar, por parte de algunos grupos de poder y de pensamiento, la indiferencia, la oposición, la persecución y el desprecio. Esta purificación nos viene bien. Pero hay que reaccionar, con espíritu de diálogo y actitud pacífica, pero con decisión. La fe debe ser coherente con la conducta aunque ello signifique remar contra corriente. Siempre seremos signo de contradicción si somos realmente fieles al Evangelio. En este sentido hemos de hacer una sincera autocrítica e interrogarnos acerca de la verdad de nuestro compromiso cristiano y, sobre todo, del testimonio que damos.

 Hay que mirar de frente la realidad y los desafíos que presenta. Se está intentando imponer protocolos de aborto y de fertilización asistida absolutamente inaceptables porque violan el elemental derecho a la vida y a seguir la propia conciencia avasallando, además, las legítimas autonomías provinciales. Confío en que nuestros legisladores sabrán defender los derechos de los tucumanos oponiéndose a estos intentos. En el ámbito educativo también se avanzan proyectos curriculares que, además de no respetar el derecho natural, violan la libertad de enseñanza y el derecho de los padres de elegir la educación que quieren para sus hijos. Y esto violando la Constitución Nacional, la Constitución Provincial y las leyes vigentes. La Iglesia ve amenazado su derecho de enseñar y yo, como Arzobispo, no tengo el derecho de callar. Es demasiado lo que está en juego en la educación. Nada menos que el futuro de la Patria porque sin educación no hay ningún futuro. No dejo de valorar los esfuerzos que se hacen desde los gobiernos nacional y provincial, pero reclamo más participación en la gestión de las políticas públicas y, sobre todo, en la elaboración de los diseños curriculares. El apoyo del estado – aun financiero – debe ser más fuerte y proporcional al compromiso de la Iglesia en este campo en el que, por lo demás, ha estado siempre presente, desde los orígenes de nuestra nacionalidad.

 Pero no es cuestión sólo de reclamos a las autoridades. El interrogante debe mover la conciencia de los mismos creyentes. ¿Qué nos pasó a los cristianos?; ¿ por qué somos incapaces de reaccionar y se han generado tantas dudas entre nosotros mismos, tantas defecciones, alejamientos, cobardías, dificultades para expresar coherentemente nuestra fe con una conducta y un compromiso acordes a la misma?. ¿No será, acaso, que nuestra fe se ha debilitado, que rehuimos el compromiso por miedo, comodidad, o confusión ideológica; por debilitamiento de la mutua confianza y de la comunión? Estamos como anestesiados y nos hemos acostumbrado a la injusticia, a la exclusión de tantos hermanos víctimas de la droga, de la inseguridad, de la pérdida de su dignidad por haber abandonado el trabajo para vivir de injustas prebendas que los esclavizan. Hay que despertar. El cristianismo no es para cómodos o cobardes. Es para los luchadores que bien basados en la “roca” firme de la verdad evangélica estén dispuestos, si es necesario, a entregar su propia vida.

 Es fácil descargar las culpas sobre otros. Vivimos en una cultura que ha perdido, en gran medida, el rumbo y a la que es indispensable reencaminar hacia el redescubrimiento de los valores genuinos, humanos y cristianos, que la han sustentado en su historia y sin los cuales va camino de su propia disolución. Pero no es cuestión de sacar la paja del ojo ajeno sin ver la viga que tapa el propio. Hemos de enfrentar nuestros propios desaciertos y cobardías. Por ello mismo esta advertencia está dirigida a todos. Nadie está – ni dentro ni fuera de la Iglesia – totalmente exento de culpa para poder arrojar la primera piedra sobre los que consideremos – tal vez injustamente – como culpables. Las cosas no son tan simples. Los desafíos son inmensos y las responsabilidades son de todos. Cada uno debe hacerse cargo de lo que le toca.

 Para alimentar nuestro compromiso de fe sería muy adecuado tomar el texto de la “Carta a Diogneto”, escrita en el siglo II, de autor anónimo y destinatario desconocido. Es una carta considerablemente extensa y muy rica en la que el autor hace “apología” del cristianismo y de los cristianos. Sí, “apología” un término aparentemente pasado de moda, pero que significa simplemente “dar razón de nuestra fe y nuestra esperanza” a quien nos lo pida. Su autor afirma la identidad cristiana, presenta a los fieles como buenos ciudadanos y explica por qué, necesariamente, son “signo de contradicción”: Cito: “Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje […] no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto”. Sin embargo, “dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble […] habitan en su propia patria, pero como forasteros, toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben […] Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes” […] Son tratados con ignominia y ellos, en cambio, devuelven honor […] viven en el mundo, pero no son del mundo”. Y concluye “tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar”. Fin de la cita.

 Quisiera acentuar las últimas palabras: no es lícito para el cristiano desertar del puesto que Dios le ha asignado en el mundo. Es una apelación muy fuerte a nuestra conciencia. Debemos anunciar, con la palabra y el testimonio de la vida, la verdad del Evangelio. Por ello es hoy más urgente que nunca formarse en la fe, profundizar en sus contenidos, conocer la moral que de ella se desprende. Hay que volver a lo esencial, al Evangelio, recordando que el cristianismo no surge de una idea, de un pensamiento, sino de una experiencia de comunión con Jesucristo.

 A todos convoco, con verdadero espíritu de diálogo, a interesarse a fondo sobre las cuestiones decisivas que hoy están en debate en la sociedad mundial, y también entre nosotros. Es allí, en ese ámbito, donde se libran las batallas decisivas y se decide el futuro del mundo. El pensamiento, las ideas, son las que rigen el rumbo. Nietzsche, con extraordinaria lucidez, escribe: “Las palabras más quedas son las que desatan la tempestad, pensamientos que vienen con suavidad de paloma gobiernan el mundo”.

 Tenemos por delante el desafío de preparar una digna celebración del Bicentenario de la Patria. Debemos hacerlo con unidad, en paz, discutiendo ideas pero con respeto, sabiendo ser adversarios sin ser enemigos. La Iglesia hará su gran contribución con el Congreso Eucarístico Nacional que celebraremos en junio de 2016. Pero se hará presente, también, en el campo de la cultura con diversas iniciativas. Entre ellas estará la convocación de un “atrio de los gentiles” en el mes de septiembre al que he invitado al vicepresidente del Pontificio Consejo para la Cultura en el que discutiremos, con gran apertura y una amplia convocatoria a los intelectuales, el tema de la existencia de Dios y su importancia en el ámbito de la sociedad.

 Queridos hermanos todos: El año del Bicentenario que hoy iniciamos nos debe encontrar, más allá de nuestras discrepancias, más unidos que nunca, comprometidos en la construcción del proyecto que nuestros próceres soñaron y que nosotros, como generación del Bicentenario, tenemos la obligación de continuar. Para ello invocamos la ayuda de Dios. Amén.